

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

AQUELLA EPOCA NUESTROS PROFESORES

Con motivo del desorden escolar, determinante, en muchos casos, de la falta de respeto a los maestros, le preguntaba yo a un alumno situado claramente en el grupo de los estudiantes protestatarios, si cuando habían dejado atrás una asignatura, fuera el catedrático exigente o inclinado a la indulgencia, se acordaban de él. Me pareció poco dispuesto al examen retrospectivo de los hombres encargados de la explicación de la asignatura.

Confieso que este indiferencia me hizo pensar en la tristeza de ser escolares situados en grupos olvidados de los viejos maestros. Hay cosas llamadas a perdurar en nuestra memoria. Se hallan, por ejemplo, en un estado de permanencia las mujeres que nos impresionaron; aquellas que Azorín, en un capítulo destinado a la poesía de las estaciones ferroviarias, llama «esas mujeres», refiriéndose a presencias singulares, que arrastran tras de sí todas las opulencias del sexo contrario; recuerdos en los que acaso lo menos importante es la mujer en sí, pues el encanto de lo que fue está constituido por lo que la envolvía; un día maravilloso de primavera, una augusta noche de luna, una música delicada y penetrante. Pero también debían estar en la evocación del tiempo muerto los perfiles de hombres que pesaron durante un curso o varios, sobre nosotros, por su conducta y explicaciones. Se hace difícil olvidar sus nombres, sus aficiones e incluso sus manías.

Recuerdo igualmente a quienes tenían la clase en horas cómodas, de 10 a 1, por ejemplo, que los que nos obligaban a levantarnos pronto, para asistir al Instituto de Segunda Enseñanza, o retardaban, excesivamente, su presencia en el Centro docente. Entre los primeros está el catedrático de Literatura, sacerdote don Clemente Cortéjon, y entre los últimos el profesor de Psicología don Hermenegildo Giner de los Ríos. Este último era krausista. En aquella época era poco frecuente, y en general mal visto, que se recordara con tanta simpatía como él al filósofo Krause. Gran parte de los alumnos procedían de escuelas religiosas. Pero el señor Giner de los Ríos se hacía

querer por su bondad, su atracción personal, su claridad en las explicaciones. Llegaba a clase hacia la una y media de la tarde. Era concejal del Ayuntamiento de Barcelona y esto le ocupaba toda la mañana. Su voz era delicada, su gesto señorial. Al hacer el repaso de las escuelas filosóficas recuerdo una condensación de la doctrina de Hegel, muy superior a la expuesta, años después, en la Facultad de Derecho.

Incluso los catedráticos pesados se consideran con bondad. Pongo por caso el de Derecho Canónico, señor Estañol, que levantaba la mirada al cielo, pero de vez en cuando la dirigía a las cosas terrenales. Me contó José María Trias de Bes que una tarde pasó por su casa a fin de pagarle la minuta de un asunto que su padre le había hecho estudiar. La hermana del profesor puso obstáculos, por coincidir la visita con la hora en que el doctor Estañol se dedicaba a sus «meditaciones». Entonces Trias, levantando la voz, para ser oído, contestó:

—Es una lástima, porque traía de parte de mi padre un dinero para satisfacer el importe de la minuta.

Y entonces llegó, de la habitación del lado, la voz del meditando, resolviendo el caso:

—Pase, Trias; pase. Para usted me encuentro siempre en casa.

Aquella época se ofrece plétórica de anécdotas. Estas exigen mucha libertad. Recordamos todos una cantidad enorme de sucesos en el Congreso de Diputados, cuando la existencia de partidos políticos permitía opinar sin limitación de clase alguna. Las anécdotas han languidecido por falta de base para que se produzcan. En la Universidad ocurre lo mismo. Antes contábamos una enorme cantidad de ocurrencias entre profesores y alumnos. Hoy no. Incluso los más exigentes, en orden a la calidad de la enseñanza, habían dicho cosas inolvidables. Recuerdo ahora a don Antonio Flores de Lemus, catedrático de Economía política. Como en el Ministerio de Hacienda le necesitaban mucho, pasó la mayor parte del curso en Madrid y al llegar para proceder a los exámenes se encontró con los apuntes

dictados por su auxiliar. En una de estas tardes de examen, yo presencié la broma. Para no molestarse pensando lo que tenía que preguntar, hacía meter al alumno la mano en la urna y sacar, por suerte, la lección. El examinando dijo esto:

—Lección 10. Si subimos a la cumbre del Tibidabo y desde la misma contemplamos la ciudad, viendo, a su derecha, la montaña de Montjuich y su castillo, asegurador de la defensa de la urbe contra un enemigo exterior, para pasar después a la cuadrícula tranquila de calles y plazas, hasta llegar a la parte izquierda, con las fábricas, de cuyas chimeneas surge un humo con calidad de incienso, que la ciudad trabajadora eleva al Creador...

Don Antonio Flores de Lemus recibió el impacto con ironía, pero sin comentario, pensando, sin duda, para sus adentros, «son cosas del auxiliar».

A media tarde volvió a salir de la urna la lección 10 y el estudiante subió de nuevo a la cumbre del Tibidabo para contemplar el castillo de Montjuich, con aquella finalidad, y después la densa presencia de casas, calles y plazas, y últimamente las fábricas y su humo, comentario exactamente repetido del expuesto por el otro examinando hacía unas horas, a base de la repetición exacta de los apuntes. El profesor también resistió la lección.

Pero ya caída la noche, sumido el patio de la Facultad de Derecho en la perturbación de timbres de las aulas y entrada y salida de bebedores para recoger calificaciones, el alumno de Economía Política a quien correspondía actuar, metió la mano en la urna, sacó una bola y dijo: «Lección 10». Entonces don Antonio, con una voz socarrona, objetó:

—Si piensa usted subir a la cumbre del Tibidabo, hágalo usted solo, porque yo he subido dos veces esta tarde y estoy fatigadísimo!

José María PI SUÑER

SOBRE «LO BELLO» LA OPINION DE LOS EXPERTOS

HUBO un tiempo, indudablemente feliz, en que la gente pudo tomarse en serio —más o menos— algo que, con una mayúscula obvia y respetuosa, llamaban «Estética». Toneladas de papel impreso dan fe del hecho, entre el polvo de las bibliotecas, solemnes; incluso todavía subsiste la momia de una asignatura universitaria, dentro de algún inocente plan de estudios. La cosa venía de lejos, pero fueron principalmente los alemanes del XVIII y del XIX quienes le dieron entidad y soltura. En el fondo, no había manera de evitarlo. Ya desde un principio, los filósofos de alto copete se habían inventado un bello trío de valores, que quisieron imaginar solidarios y equivalentes en su insigne condición absoluta: la Verdad, la Bondad y la Belleza. El truco no podía ser de más precaria consistencia. Los profesionales del ramo, como es lógico, tendieron no sólo a disimularlo, sino a dar una fachada académica al embrollo. Y así iban tirando. La Verdad, a su modo, quedó en la cima, como reina y señora: es mucha materia, eso de la Verdad. La Bondad, especializada en Ética, tropezó con las máximas dificultades: su objeto —el de la Ética, claro— era la conducta cotidiana del vecindario, y por ahí el asunto se convertía en contradictorio y especioso. La Belleza se prestaba a especulaciones brillantes y de gran desparpajo. Se escribieron libros de increíble suntuosidad acerca del particular. El juego conceptual era extrañamente gaseoso, libre, bobo... Hasta que un día la clientela se cansó.

Porque, en cuanto a la Verdad, mal que bien, siempre había un «pero» por discutir. Y no digamos lo de la Bondad: la Ética calzada de coturnos se ha ido al cuerno, pero el problema de «la moral» no ha dejado de ser apasionante y básico, y lo es hoy quizá más que nunca, porque, al fallar los esquemas tradicionales, el apremio de inventar justificaciones o de reajustar las flotantes es tremendo. Aunque a veces no lo parezca. Con la Estética todo funcionó de otra manera. Al fin y al cabo, la Verdad y la Bondad han de contar con un punto de contraste «real», quiero decir, empírico o pragmático, o como ustedes gusten. La Belleza, en cambio... Por una serie de circunstancias históricas bastante complejas, la Estética tuvo que centrarse en el Arte: en realidad, el Arte es criatura de la Estética. Pasó a ser Arte, precisamente, y salió de su rango inferior de mera artesanía, gracias a que alguien tuvo la ocurrencia de relacionar ciertas manufacturas

con el repertorio fabuloso y fabulante de la Estética. Lo Bello empezó a ser considerado como «obra» de personal subalterno, y poco a poco fueron olvidándose las reminiscencias teológicas... Las lucubraciones magníficas dieron paso a una nueva necesidad.

La necesidad de dar solvencia objetiva a una jerarquía de evaluaciones, ya reducida a la práctica de una producción concreta. Dicho en pocas palabras: había que decidir qué es «bello», y qué no, o que lo era «más» o «menos». Y, sobre todo, por qué. Los planteamientos se diversificaban. La palabra «Belleza», tuvo que ser sustituida, de entrada, por unas abstracciones más modestas: «poesía», «música», «pintura», «escultura», etcétera. Quienes se vieron obligados a formalizar el episodio se limitaron a generalizar su «criterio»: a dar empuje grandilocuente, carismático, al «estilo» de su época. El dato clave y archiconocido es el desdén del XVIII ilustrado, neoclásico, francés, que abarcaba a Shakespeare y al gótico, y que se cebaba en el barroco. Fue, aquel, un momento decisivo. Entre nosotros, basta leer el «Viaje» de don Antonio Ponz, un docto abate de mi país que se indignaba ante una ojiva, y que sí acabó tolerando las ojivas fue porque las expansiones churriguerescas todavía le eran más insoportables. Luego vinieron los románticos y, luego, más luego, lo demás. Y el lío se intensificó. A medida que pasaba el tiempo se introducía en el juego una preocupación «historicista». Se empezó por admitir que cada siglo tuvo su «arte» peculiar, propio en sus leyes y en sus virtualidades. Y hemos acabado por sentir un discreto entusiasmo, no exactamente arqueológico, por los pintamonas románticos...

La humildad se impuso, en efecto. Se renunció a la Estética: a cualquier veleidad de codificación de méritos. Los más listos en la pluma se apresuraron a asegurar que todo era uno y lo mismo: Apelles, Taüll, un gótico cualquiera, Rafael, un holandés igualmente cualquiera, el Greco, Poussin, Goya, Renoir, Cézanne, el —¡ay!— difunto Picasso y Kandinski, y Miró, y todo lo que vino en seguida, informalismo, pop-art, Vassarely, el hiperrealismo y todo lo que permite la fantasía de vocabulario en los críticos al uso, sin excluir, por supuesto, las láminas de calendario del señor Dalí. Sí: todo es uno y lo mismo, o sea, «pintura». Pongo el caso de la pintura porque salta a la vista —¡naturalmente!— en términos espléndidos. Y la

conclusión es de una total perplejidad: ¿qué, en qué consiste la «pintura», hay la posibilidad de manejar con un mínimo de rigor el término «pintura», cuando se involucra tan abundante y tan disidente material bajo la misma etiqueta? La «belleza», huelga decirlo, desapareció del mapa. Ya no queda un solo comentarista de exposiciones que se atreva a emplear la palabreja. Lo cual me parece muy bien. Sólo que conviene recordarlo: el problema, si problema es, ha abandonado las seguridades académicas, y se mete en una confusión menor y capciosa. Tal como fluye el negocio, nadie quiere hablar de veras sobre el tema. El tema auténtico es tabú. Circula una jovial literatura en torno a las exposiciones, y nunca se sabe —¿hay la posibilidad de saberlo?— qué pintor es «mejor» que el siguiente.

La disputa entre los pintores actuales no importa. O sólo importa a las galerías y a sus clientes. Los espectadores distanciados, sin embargo, pedimos explicaciones. ¿Qué, y por qué? Salto de la pintura a la poesía. Don Eugenio d'Ors, que no se chupaba el dedo —cuando lo hizo fue otra cuestión—, puso el dedo en la llaga, hace años, en su «Glosari» juvenil. Ya no recuerdo exactamente la frase de Xenius y la reconstruí a mi modo: «un concepto de poesía que incluya a la vez a La Fontaine y a Víctor Hugo es prácticamente imposible». Añadámosle, sin salir de las Galias, el «Roman de la Rose», Paul —uno u otro de los Pauls: Valéry, Claudel, Eluard—, Apollinaire, Laforgue, y tantos más, y la parranda dialéctica llega a extremos de dislate. Lo que para unos era poesía no lo era para otros, y a medias los demás, y nadie sabría a qué atenerse. Volviendo a la pintura sería la lista antes propuesta. A lo largo de los siglos —lo cual, hasta cierto punto, y sólo hasta cierto punto, se explica— y a lo largo del momento presente, las eventualidades de la creación, cada cual tirando por su lado, no ofrecen precisamente un punto de referencia firme. A veces, mirando cuadros, uno concluye: «Si esto es pintura, aquello no lo es, y viceversa». A no ser que nos resignemos a considerar «pintura» toda superficie embadurnada con una cierta intención. Que es mi teoría: una superficie embadurnada con un mínimo de «intención» ya es pintura. O regresando a la lírica: un grupo de palabras indiscriminado será un «poema» si lo quiere el individuo que las emite y nos las propone como «poesía». Poesía fue el «Roman de la Rose», y sigue siendo; y Ronsard, y Lamartine, y Rimbaud... Bau-

delaire, y Aragón, y —le dieron el Nobel— Saint John Perse. Todos ellos y Tristan Tzara, y el equilibrista venidero.

¿La Belleza? Da rubor, no mucho, argüirlo. Y no mucho porque la vergüenza en cuestión podría erigirse en reproche. Todo el tinglado, de ventas, sea de libros, de cuadros, de esculturas, de partituras, se rige por una determinada orientación. El hecho de «comprar» no es equiparable cuando se trata de condumios o de «cultura». Ya sé que los alimentos también forman parte de la cultura. Pero no al mismo nivel que los poemas, los cuadros, las esculturas, las piezas digamos musicales que ahora fabrican con ruidos. La ingenuidad de la demanda es inmensa. La demanda, en estas cosas superfuvas, va de buena fe, o de mala fe especuladora. ¿Qué razón, puesto que alguna «razón» ha de haber, para que un lienzo de X valga (o se cotice en) millones, y el de Y no pase de unos pocos centenares de pesetas? ¿Dónde está el «baremo», la «tasa», el «sistema de pesos y medidas»? Los escritores del género esquivan definirse en el casuismo oprobioso de cada día y salen del paso tocando la flauta de una preferencia íntima o escurriendo el bulto con flatulencias anodinas. En cierto modo, ellos deciden el ritmo del mercado. Y, guste o no, la Estética soberbia de antaño se encoge a esta situación implacable que es eso: el «mercado».

¿Entonces? No hay recurso «racional» circunspeto que nos autorice a decidir que Rembrand «vale» más que Velázquez, y ya, en principio, colocar en primera línea estos nombres es trampa. ¿Por qué Velázquez y no un «pompiere» anodino y aplicado? Los «prestigios», que nadie puede corroborar como se hace en los laboratorios o en las ibeemes, descansan sobre la tradición. Una tradición de antitradicionalistas, a veces, pero tradición. La «opinión de los expertos», acumulada, da mucho de sí. Un irónico intelectual sudamericano propuso esta hipótesis —aproximadamente—: «Es bello lo que los peritos encuentran bello». Y espetaba su argumento: «Bach es superior a Strauss porque así lo afirman los peritos». Y, ¿cómo se sabe que un señor es perito? «Porque prefiere Bach a Strauss». Corolario: «Bach es superior a Strauss porque así lo afirman los que prefieren Bach a Strauss». El dedo queda nuestro en la llaga. Y me temo que sea un callejón sin salida. Quien más sepa, que más diga.

Joan FUSTER

VIAJES CONDE

¿ESTA VD. INTERESADO en viajar a BALEARES o CANARIAS a un precio sugestivo?...

SOLICITE POR TELEFONO EL ENVIO A DOMICILIO DE UN FOLLETO GRATIS

221 80 74 (3 líneas)

Vergara, 3 (junto Balmes)

Sucursal: P.º Colón, 18 (AVGAT 15)

VIAJES CONDE

VARICES

MEDIAS ELASTICIDAD EN TODOS LOS SENTIDOS, surtido completo en hilo y espuma de nylon, las mejores marcas los mejores precios. Disponemos también rodilleras, tobilleras, musleras y pantorrilleras. ORTOPEDIA SABATE calle CANUDA, 7 (esquina a Ramblas)

HERNIADO (QUEBRADURAS)

La solución la hallará, si utiliza nuestros aparatos herniarios (BRAGUEROS) de contención eficaz y garantizados.

MÁS DE CINCUENTA AÑOS AL SERVICIO DEL HERNIADO. (Bajo prescripción facultativa)

ORTOPEDIA SABATE. Canuda 3, 5 y 7

Una buena instalación vale lo suficiente como para que usted piense en Coesa.

Coesa División Industrial instala: Cafeterías, Bares, Snacks, Supermercados, Cocinas Industriales, Autoservicios, Hoteles, Clínicas, Hospitales, etc.

COESA

Marqués del Duero, 71

SRA. VIUDA SR. VIUDO

Vuélvase a dar sentido a su vida. Correspondencia amistosa o encuentros con finalidad matrimonial. Pida folleto que recibirá sin indicación exterior. Envíe 6 sellos de 2 ptas. RELACIONES CLUB Apartado 460. Sabadell

SORDO

Al optar por un AUDIFONO, debe aplicarlo un AUDIO-PROTESICO con preparación CIENTIFICO-MEDICA. Gabinete Auditivo Científico SERVISORD es el único en su especialidad de AUDILOGIA, que le ofrece total garantía de sus servicios. Balmes, n.º 193, entlo. Tel. 217-46-46